

“Cuando el miedo lo inunda todo, solo el amor sabe dónde buscar.”

"La valentía no es la ausencia de miedo, sino la conquista de él."

— Nelson Mandela

"El amor de una madre por un hijo no se puede comparar con ninguna otra cosa en el mundo. No conoce ley ni piedad, se atreve a todo y aplasta cuanto se le opone."

— Agatha Christie

BIOGRAFÍA

Manel Trejo ha sido siempre un amante de las historias que se esconden en las sombras y de los lugares que parecen guardar secretos entre sus muros. Apasionado por el género negro y el thriller psicológico, decidió dar vida a *La Dama de los Huesos*, su primera novela, inspirándose en su pasión por explorar rincones olvidados y su conexión con el pasado.

La historia está ambientada en el año en que nació su madre, un detalle que impregna la trama de una atmósfera única, con guiños a una época que, aunque distante, resuena profundamente en su imaginario. Durante el proceso de escritura, Manel Trejo recorrió en bicicleta los escenarios reales donde transcurren los eventos ficticios de la novela. Cada rincón visitado, cada camino recorrido, contribuyó a dar forma a un mundo literario donde lo real y lo inventado se entrelazan de manera imperceptible.

Con una narrativa envolvente, *La Dama de los Huesos* no solo refleja la pasión de Manel por el género, sino también su deseo de invitar a los lectores a descubrir un mundo tan real como inquietante, tan desconocido como revelador, donde las incógnitas que aparecen dan lugar a otras más impactantes, en el que todo confluye en un final delirante.

SINOPSIS

En la Barcelona gris de 1946, Penélope Maspons, investigadora en una aseguradora y madre soltera, enfrenta la desaparición de su hijo en una ciudad dominada por el miedo, la represión y las heridas que el tiempo no logró cerrar.

Lo que comienza como una búsqueda desesperada se convierte en un descenso hacia las zonas más oscuras de la ciudad y de sí misma. A medida que avanza en su búsqueda, Penélope desentierra verdades soterradas por el miedo, abusos silenciados y un sistema que protege a los culpables. En una Barcelona donde la autoridad reprime y encubre, y la justicia se confunde con obediencia, la protagonista decide seguir su propio instinto. Mientras la policía se empecina en culpar al inocente, Penélope decide seguir las pistas por su cuenta, arriesgándolo todo.

En su camino, se cruzan hombres rotos por la represión sexual, mujeres que ocultan pasados criminales bajo perfumes caros y niños silenciados por el miedo. Su único aliado es Rafael Monroy, un inspector que también carga con el peso del pasado. Juntos descubrirán que el mal adopta rostros familiares y que algunas cicatrices se heredan como una maldición.

Cuando todo parece perdido, Penélope aprende que la verdadera fortaleza no está en vencer al monstruo... sino en enfrentarlo sabiendo que puede perderlo todo.

La Dama de los Huesos combina el ritmo del thriller con la sensibilidad del drama psicológico. Escrita con una prosa envolvente y simbólica, esta novela coral traza un retrato implacable de la maternidad, la represión y la dignidad en tiempos oscuros. Una historia poderosa sobre la fuerza de una mujer que se niega a ceder ante el miedo. Una novela donde los fantasmas del pasado no están muertos, solo esperan el momento de regresar.

Hubo una vez alguien que creyó en mí. Eran otros tiempos. Mi autoestima apenas se sostenía y, aunque siempre había soñado con ser escritor, pensaba que eso no era para mí.

Un día, esa persona me hizo un regalo sencillo: una libreta y un bolígrafo. Algo nada sofisticado, pero aquel gesto, tan humilde en apariencia, se convirtió en una semilla de confianza que empezó a germinar dentro de mí. Día tras día, entre altibajos, renunciadas y nuevos comienzos, aquella semilla creció.

Pensé: si alguien cree en mí... ¿por qué no hacerlo yo también?

Escribí varios libros que nunca supe terminar. Hasta que me formé, aprendí, me especialicé en novela negra y thriller. Y, cuando por fin me sentí preparado, nació esta historia.

Por eso, gracias a esa persona —que hoy es mucho más que alguien especial, es mi compañero de vida—, agradezco a Alberto, por ver en mí lo que ni yo era capaz de proyectar.

También quiero agradecer a mi madre, a mis hermanos y a mi hijo: su amor incondicional, a veces silencioso, pero siempre presente.

A mis amigos, por escucharme y acompañarme.

A mis compañeros de trabajo que también forman parte de este camino.

PREÁMBULO

La luna, vigilante, la observaba a través de las ramas desnudas y retorcidas como brazos huesudos. Casi no era consciente de cómo la gélida bruma traspasaba las costuras de su rebeca. Abajo, la oscuridad había devorado todo rastro de vida, excepto por el lúgubre canto de algún pájaro insomne, un sonido que le erizaba la piel y anidaba en su mente como una amenaza ancestral.

Un trueno estalló en el horizonte, reverberó por el bosque, arrancando de su escondite a una criatura que pasó fugaz, indiferente al pavor que provocaba a Penélope. Ella se detuvo frente a la entrada de una caverna vasta y sombría, cuya boca parecía contorsionarse en una mueca de bienvenida macabra. La sensación de que algo—o alguien—la esperaba dentro era ineludible. Lo que buscaba, lo que temía, estaba allí.

La entrada se hallaba flanqueada por unas enredaderas espinosas que parecían advertirle, como guardianes siniestros. Creyó escuchar que desde el negro vacío la llamaba un susurro silencioso. Se colaba en su mente y la obligaba a arrastrar sus pies hacia adelante. Caminaba lentamente, como movida por una fuerza inquebrantable. La lóbreguez del interior la engulló, densa y opresiva. Por un instante sus ojos dejaron de distinguir formas. Paralizada, un escalofrío recorrió su columna, y un suspiro entrecortado escapó de sus labios. Algo aguardaba en la penumbra; podía sentirlo.

Era consciente de que debía continuar, pero el entumecimiento de las piernas dificultaba su propósito. Al mirarla, pudo advertir que no llevaba prenda alguna que cubriera su cuerpo. Se sintió desprotegida. Vulnerable, temblorosa, quiso retroceder, pero no había escapatoria. El suelo húmedo y resbaladizo cedió bajo sus pies, y antes de poder reaccionar, cayó con un golpe seco que sacudió su cuerpo. El dolor explotó en su espalda y en su cabeza. Llevó la mano al cráneo y la retiró empapada de sangre, tal vez. El techo se convirtió en su único ángulo de visión, por unos instantes, mientras hacía acopio de fuerzas para poderse levantar.

En aquella caverna, el aire hedía a moho y algo más, algo familiar. Con los dedos exploró el suelo y topó con el frío metal de monedas desparramadas. Mientras las tocaba, el aroma volvió a ella: un olor inconfundible, uno que había tratado de olvidar. Sus músculos se tensaron. Él estaba allí. No necesitaba que sus ojos lo vieran para saberlo.

La oscuridad vibraba con su presencia. Una luz espectral insinuó una figura desnuda envuelta en un halo blanquecino. Era él. No podía ser otro. La piel de Penélope ardía bajo una brisa invisible. Quiso gritar, arrancarse de aquel lugar, pero el peso de una fuerza desconocida la mantenía anclada. El sonido se transformó: ya no eran pasos, sino un siseo serpenteante, algo que rozaba la roca con un ritmo cruel y calculado.

De repente, la presencia cálida de él se cernió sobre ella, como una manta que la envolvía sin tocarla. Su piel se erizó y el pulso se le volvió frenético pues su cuerpo reaccionaba antes que su mente. Quería resistirse, gritar su rechazo al juego en el que él siempre ganaba y ella perdía, pero sabía que no serviría de nada porque él nunca escuchaba.

Cerró los ojos, resignada, esperando algún tipo de desenlace, pero nada ocurrió. Al abrirlos vio que la caverna estaba vacía. Tan solo quedaba el aire viciado y la opresiva sensación de haber sido abandonada por algo antiguo y oscuro. La decepción golpeó su mente como un trueno silencioso. ¿Por qué era tan frágil ante él? La furia creció en su interior, una furia ardiente e inútil.

Entonces, un ladrido irrumpió desde la nada, desgarrando el silencio. Aquel sonido le resultó tan ajeno como esperanzador y, de pronto, algo húmedo y tibio le rozó la cara. Cuando abrió los ojos vio que era Canela, su mascota, que la lamía con desesperación. Todas sus sensaciones negativas parecían desvanecerse ante la ternura familiar de su compañera. Canela volvió a ladrar como si la incitara a seguirla. Penélope, sin embargo, quiso levantarse, pero sentía un intenso dolor en el cuerpo.

El aullido resonó una vez más, y entonces algo cambió. La caverna empezó a desdibujarse, como si las paredes se disolvieran en humo. Penélope parpadeó, confusa, mientras el aire frío daba paso a una calidez inesperada. Entonces se percató de que estaba en su habitación, observó el techo familiar sobre ella y a Canela junto a su cama meneando la cola.

Respiró hondo, tratando de despejar el vértigo que aún retumbaba en su mente y notó que algo permanecía: el perfume de él. Aquel olor inconfundible y persistente había atravesado el sueño con ella.

CAPÍTULO 1 – SIEMPRE VALE LA PENA RESISTIR

PENÉLOPE

Un potente grito rompió la calma del atardecer.

—¡Maspons! —exclamó una voz masculina desde las proximidades.

Se trataba del señor Ferreras, el jefe de Penélope quien vociferaba desde la puerta del edificio del que ella había salido hacía pocos minutos, ajena a la situación y visiblemente acelerada. Corría en dirección a la escuela de su hijo para llegar lo antes posible y evitando que cualquier obstáculo le hiciese demorarse más de lo deseado. Penélope presionó el paso ignorando su implicación en el espectáculo que se desarrollaba a sus espaldas. En su mente, la imagen de su hijo la llenaba de una fuerza que su jefe jamás entendería. Era su refugio, su motor, y el único instante de alegría genuina que aún conservaba al final de cada día, pero las miradas curiosas de unos muchachos, que cuchicheaban mientras observaban la escena, la alertaron de que algo ocurría.

La ensoñación se desmoronó de golpe cuando unas voces conocidas la sacaron del refugio de su mente. Giró la cabeza y se encontró con la figura del señor Ferreras, de pie frente a la puerta del edificio, con el rostro enrojecido y los labios apretados, mientras agitaba las manos en una danza caótica de reproches. Su voz, afilada y cargada de frustración, resonaba como una campana de alarma, acompañada por el golpeteo insistente de su zapato contra el suelo, resonando en el aire como un tambor de guerra. Penélope sintió un calor abrasador que se instaló en su rostro. La vergüenza la envolvió al darse cuenta de que aquel escándalo estaba dedicado exclusivamente a ella.

—¡Penélope! ¿Dónde cree usted que va? —tronó la voz del gerente.

Ella lo miró desde la distancia, tratando de disimular su incomodidad. Con las palmas abiertas y un ademán de inocencia, respondió:

—A la escuela... Debo recoger a mi hijo.

—¿Dónde cabe la idea de que puede dejar su trabajo a medias, señorita Maspons?

—¡Vaya, señor Ferreras! No sabía que el informe fuese tan urgente. Mañana me quedará todo el tiempo necesario; se lo prometo, pero se ha hecho tarde y debo ocuparme de mi hijo.

Sabía que sus palabras caerían en oídos sordos. Cuando Ferreras estaba así de alterado, no había muro más impenetrable. Aun así, la responsabilidad hacia su hijo, Damián, pesaba más que cualquier otra cosa.

—A mí me pasa lo mismo, Penélope —replicó él con una mueca sardónica—. No tengo a nadie que haga por mí este trabajo. Solo dispongo de usted. Si no puede hacerlo, tendré que buscar a otra persona. A ver si he hablado claro. Si no es capaz de emplearse a fondo, no me haga perder el tiempo. No lo tome a mal, pero debo hacer que funcione el negocio, ya sabe...

—No, señor Ferreras, descuide. Ya sabe que yo siempre estoy dispuesta a lo que usted mande.

Penélope asintió, aunque las palabras del gerente la atravesaron como una cuchilla. Su cabeza bajó, resignada, y siguió a Ferreras hasta el interior del edificio, donde los informes y expedientes la esperaban como un recordatorio constante de su posición. Mientras caminaba, reflexionó sobre la injusticia de que sus derechos parecieran depender del estado de ánimo

del jefe. El señor Ferreras, aunque fuera quien le había dado una oportunidad cuando más lo necesitaba, había evolucionado en un tirano incapaz de reconocer sus sacrificios.

El lugar de trabajo de Penélope estaba en la segunda planta de un bloque de viviendas, varias de las cuales habían sido transformadas en oficinas. La empresa era pequeña pero ambiciosa, aunque para Penélope eso solo significaba más incertidumbre. El señor Ferreras, su jefe, no paraba de repetir que pronto se mudarían a un edificio propio, mucho más grande y con mejores instalaciones. Sin embargo, él dejaba caer, una y otra vez, que ese salto dependía del esfuerzo y la eficacia de los empleados. Para Penélope, estas palabras siempre sonaban como una amenaza velada, y no podía evitar preocuparse por las implicaciones: ¿y si el nuevo lugar quedaba más lejos de su casa? ¿Qué pasaría con el tiempo extra que ya dedicaba al trabajo? Como siempre, Ferreras parecía ignorar cómo sus decisiones afectaban al equipo.

A pesar de sus dudas, Penélope nunca se permitía confrontarlo directamente; prefería observar, analizar y asegurarse de que todo estuviera bajo control. Sabía que su papel en la empresa era clave. Junto con Arturo, formaba parte del departamento de investigación de fraudes, un área que no existía cuando ella empezó como administrativa. Fue su capacidad para detectar patrones sospechosos y su sentido de responsabilidad lo que llevó a Ferreras a confiarle la creación del departamento. No obstante, poco después, Ferreras decidió contratar a Arturo, argumentando que "la autoridad" que, según él, solo un hombre podía aportar, era necesaria. Aunque esto hirió su orgullo, Penélope no lo mostró. En cambio, se enfocó en trabajar aún más duro, consciente de que la solidez del equipo dependía de su capacidad para prever riesgos y manejar los desafíos con inteligencia.

Penélope vivía en un estado constante de alerta. Sabía que su trabajo era crucial para evitar que la empresa cayera en manos de clientes deshonestos, y asumía esa responsabilidad con seriedad. Aunque, al mismo tiempo, en su interior, siempre buscaba seguridad: en el equipo, en el plan de Ferreras, y hasta en la estructura misma del edificio que algún día ocuparían. Porque, para ella, la estabilidad era mucho más que una promesa, era una necesidad.

Sentada frente a su escritorio, los ecos del pasado la asaltaron sin piedad. Ese trabajo, por humillante que a veces resultara, había sido un salvavidas en el peor momento de su vida. En una ciudad donde las cartillas de racionamiento marcaban la supervivencia y las colas frente a las tiendas eran una imagen cotidiana, Penélope recordó el día en que su padre cerró la puerta en su cara, dejando claro que no era bienvenida. Tras quedarse embarazada, la vida de Penélope se desmoronó como un castillo de naipes. Su familia, que siempre había sido un pilar, la rechazó sin contemplaciones. Su padre, con la voz dura como un martillo, le había dicho: *Ya no tienes lugar aquí*. De la comodidad de su hogar pasó a un vacío absoluto, un silencio que la envolvía de día y de noche. Sin saber qué hacer ni a quién acudir, se aferró a la única figura que le pareció segura: Siscu.

Siscu, con su sonrisa y sus palabras dulces, le prometió refugio. Durante los primeros meses, fue su ángel salvador, colmándola de atenciones y apoyo mientras ella intentaba reconstruir su vida, pero pronto, el brillo se apagó. Se reveló como un hombre impredecible. Un día la abrazaba con ternura y al siguiente, explotaba en un arrebato de ira que la dejaba temblando. Nunca olvidará aquella noche en la que, tras un comentario inocente sobre sus horarios de estudio, él perdió los estribos. Golpeó la mesa con tal fuerza que los vasos casi cayeron al suelo. *¡Eres una ingrata! Todo lo que hago por ti y así me lo pagas*, le gritó antes de marcharse dando un portazo que resonó en toda la casa.

Esa noche, Penélope lloró sola en la cocina, recogiendo no solo los platos, sino también los pedazos de su dignidad. La mezcla de miedo y humillación se le quedó grabada como una cicatriz invisible. Con el tiempo, logró romper el círculo de dependencia. Aprendió a sobrevivir por sí misma, aunque las marcas de aquella etapa tardarían años en sanar. Siscu le

había quitado mucho, pero también le había dejado una lección: nunca volvería a confiar ciegamente en nadie.

Al llegar a su escritorio, se apartó el cabello castaño del rostro, sintió un peso opresivo en el pecho y un nudo en la garganta que apenas pudo ignorar. La fatiga de un día lleno de tensiones se mezclaba con la frustración y una tristeza latente, pero también con una chispa de determinación. Respiró hondo, intentando encontrar un punto de calma, y se preparó para sumergirse en los informes, tratando de dejar a un lado las emociones que amenazaban con desbordarla. Los casos de fraude que investigaba a menudo terminaban en los tribunales y requerían toda su atención.

En el fondo, Penélope sabía que su fortaleza no radicaba en acatar sin más las reglas de un jefe déspota, sino en aquella visión de esperanza que, como un faro, iluminaba sus días: el abrazo de su hijo al final de cada jornada. Ese gesto de cariño era su ancla en medio de un mar de incertidumbres. En los momentos más oscuros, cuando el cansancio y la humillación la envolvían, se aferraba a esa imagen como quien se agarra a un salvavidas lanzado en el último momento.

Al pensar en ello, su decisión de aguantar aquel día cobraba sentido. Sabía que cada acción, por más insignificante que pareciera, la acercaba un paso más a su objetivo: ofrecerle a su hijo una vida que ella nunca tuvo. Penélope no solo trabajaba para sobrevivir; trabajaba para construir un futuro, para demostrarle a su hijo que incluso en los días más grises, había una razón para seguir adelante. Esa convicción la sostenía, guiaba cada uno de sus pasos y alimentaba un coraje que ni siquiera el desprecio de su jefe podía impedir.

Penélope levantó el teléfono y lo marcó con dedos temblorosos. Cada tono que sonaba le pesaba en el pecho. No era solo un favor, era su última carta. Si su hermano no contestaba, tendría que enfrentarse al abismo sola.

TOMÁS

Tomás avanzaba por la calle con un paso firme, tratando de dejar atrás la irritación que le quemaba por dentro. Aquella tarea improvisada había arruinado su tarde libre. La idea de perderse el encuentro que había esperado durante toda la semana le generaba un malestar que intentaba acallar concentrándose en el paisaje. La pendiente que se alzaba frente a él le ofrecía un desafío físico que aceptó sin pensarlo demasiado, casi como una forma de distraerse. La calle se ensanchaba lentamente, y a su derecha se erigía la balaustrada del viaducto de Valcarca, un coloso de piedra que parecía desafiar el abismo. Tomás se sintió atraído como un imán hacia uno de los miradores. Escrutó la ciudad desplegándose como un mapa vivo, iluminado por la luz de día.

Aunque su mente divagaba rápidamente entre ideas inconexas, la oscura idea del apodo de aquel viaducto le golpeó de repente, le llamaban “el puente de los suicidas”. Ese pensamiento le causó un escalofrío, pero en lugar de ahondar en esa sensación, optó por admirar la valentía —o la locura— de quienes habían tomado la decisión de acabar con su vida en aquel lugar. Se preguntó si alguna vez podría tener el coraje de hacerlo también, pero enseguida apartó el pensamiento de su mente; no tenía tiempo para recrearse en lo trágico, todavía quedaba demasiado por vivir, muchos rincones por explorar y momentos por disfrutar. Cerró los ojos un instante, dejando que el aire fresco despejara su cabeza. Abrió la mirada hacia el horizonte con un destello de energía renovada. *Otro día. Otro momento. Todo sigue ahí*, pensó. Apenas estuvo quieto unos segundos antes de continuar su camino, ya más ligero, como si el peso de la tarde no pudiera con él por mucho tiempo.

Tras la guerra, en la que luchó para el ejército de los sublevados obligado por su padre y en contra de sus principios, Tomás había intentado retomar el control de su vida con la energía inagotable de quien siempre busca el próximo gran proyecto. Ingresó en la universidad para estudiar enfermería, pero pronto se encontró con un trabajo inesperado que le ofrecía la posibilidad de una independencia económica inmediata. Las largas jornadas laborales pronto le obligaron a abandonar los estudios, convencido de que algún día los retomaría “cuando fuera el momento adecuado”. Su familia, que ya estaba descontenta con él por haberse negado a aceptar un matrimonio concertado, dejó de apoyarlo económicamente, pero Tomás lo vio como una oportunidad para demostrarse a sí mismo que podía salir adelante solo. Carolina, la pretendiente elegida por sus padres, era una amiga de la infancia y él pretendía que siguiese siendo nada más que su amiga, de modo que la presión familiar no logró quebrantar su voluntad, y el matrimonio jamás se concretó.

Al igual que su hermana Penélope, Tomás había decidido mudarse a Barcelona, huyendo de los rumores que circulaban sobre él en Sabadell. En la ciudad condal se instaló en una modesta casa compartida del barrio de Gracia, donde comenzó a trabajar en diferentes empleos de temporalidad baja hasta llegar al actual, un colmado de barrio que apenas le proporcionaba lo suficiente para cubrir sus gastos. La relación con su hermana, aunque estrecha, tenía un matiz de dependencia que le incomodaba. Penélope lo había acogido en sus primeros meses, recordándole siempre que Barcelona era una ciudad llena de oportunidades y que lo único lo que necesitaba era explorarlas. Ella siempre le decía: *Los inicios son duros, pero siempre vale la pena resistir*. Tomás, incluso en los momentos en que las luces y el bullicio lo abrumaban, encontraba una chispa de entusiasmo al imaginar todo lo que aún podía descubrir en esa ciudad interminable. Aunque se sentía agradecido con Penélope, la sensación de ser utilizado como un comodín en su vida le resultaba frustrante.

Esa tarde, su sobrino Damián lo esperaba frente a las arcadas del porche del prestigioso colegio José Bertrán Güell de Vallcarca. Aquel niño, con la impaciencia reflejada en cada movimiento, fue liberado de la atenta vigilancia de la maestra cuando Tomás llegó.

—¡Qué prisa tienes siempre, enano! —dijo, revolviéndole el pelo antes de que el niño pudiera quejarse.

El regreso fue una combinación de risas, comentarios rápidos y distracciones. Tomás señalaba detalles curiosos de la calle o inventaba historias sobre los personajes que cruzaban por su camino, arrancándole carcajadas a Damián. Incluso cuando llegaron a casa y descubrieron el desastre que Canela había dejado, su irritación duró apenas un parpadeo.

—¡Canela, de verdad! —exclamó, fingiendo una severidad que ni él se creía. Luego, con un guiño hacia Damián, añadió—: Tu perra tiene más estilo que nosotros. ¡Mira cómo marca territorio!

Mientras limpiaba el desastre, Damián aprovechaba para hacerle preguntas sobre todo y nada, y Tomás respondía entre risas y exclamaciones exageradas.

Tomás observó cómo los últimos rayos de sol se deslizaban sobre la neblina que comenzaba a emerger, serpenteando por los canales de la planicie, a los pies de la cordillera de Collserola. El cielo teñido de tonos cálidos parecía una despedida serena del día, pero en su interior la sensación era de pérdida. Mientras el niño y la perra corrían libres por entre los campos de labranza de las afueras, él sentía con pesadumbre cómo las últimas horas del día se le escapaban entre los dedos, irrecuperables. Desde aquel lugar no había visibilidad hacia el lugar que rondaba su mente, resguardado tras una colina, pero su cabeza giraba una y otra vez hacia aquella explanada cercana a la ladera, un espacio al que acudía con frecuencia. Suspiró, resignado, al comprender que esa tarde no podría encontrarse con la persona que

había conocido hacía solo unos meses atrás. Tenía una cita y el hecho de no poder acudir lo fastidiaba profundamente. Era posible que, si no se veían en esa ocasión, las circunstancias les privaran de otra oportunidad, a menos que la casualidad interviniera a su favor.

Sin duda, llegar a Barcelona había sido una decisión cargada de expectativas. La ciudad, pensaba, le ofrecería el anonimato necesario para empezar de nuevo, una segunda oportunidad para construir una vida lejos de las ataduras y juicios que lo habían perseguido en su lugar de origen. Sin embargo, en aquel momento no era capaz de ver con claridad. Necesitó mucho tiempo para saber si realmente se adaptaría a este nuevo mundo que se desplegaba ante él. Tal como su hermana había vaticinado, ahora se sentía satisfecho por haber resistido, aunque el camino no había sido nada sencillo.

La ciudad también le deparaba encuentros incómodos. Tiempo atrás, descubrió que Diego, un amigo de la infancia al que no veía desde antes de la guerra, también se había trasladado a Barcelona. El reencuentro, lejos de ser motivo de alegría, resultó más bien amargo: Diego ahora era policía, una figura que representaba una amenaza para él, ya que solían realizar redadas en el lugar donde había quedado con su amigo aquella misma tarde. Aquel descampado, donde se sentía libre de ser él mismo, era uno de los pocos refugios donde gente como él podía encontrarse a escondidas. Con el tiempo, se había convertido en un espacio popular, no solo por la discreción que ofrecía, sino también por las numerosas vías de escape en caso de que apareciera la policía. Aunque últimamente las cosas habían cambiado. Los agentes se infiltraban vestidos de paisano, y con algunos cuerpos que resaltaban incluso bajo la ropa, se convertían en trampas irresistibles. Como polillas atraídas por la luz, algunos incautos se acercaban con intenciones seductoras, solo para terminar con grilletes en las muñecas, golpes traicioneros y humillaciones físicas. Era un juego arriesgado, pero Tomás no podía evitarlo. Aquellos encuentros fugaces eran lo único que le daba algún aliciente a una vida que sentía cada vez menos atractiva.

La presencia de Diego lo complicaba todo. Parecía buscarlo deliberadamente en esos “aliviaderos públicos”, como los llamaban en el ambiente de modo sarcástico, quizá por un rencor personal que había crecido con los años. Tomás sospechaba que, más allá de cumplir su deber, Diego buscaba una oportunidad para descargar sobre él ese resentimiento.

Un ruido lejano lo devolvió al presente. Decidió que era hora de regresar a casa de Penélope, confiando en que ya hubiera llegado, lo cual le daría margen para intentar encontrarse con su amigo.

Mientras caminaban hacia la ciudad, Tomás observó cómo una camioneta avanzaba hacia el corazón de la urbe, dejando tras de sí una nube de humo que se disolvía lentamente en el aire. Un ruido inesperado lo sobresaltó: un líquido pestilente cayó desde alguna ventana próxima, estrellándose a pocos pasos de él. Al principio se sintió aliviado, creyendo que había escapado ileso, hasta que miró abajo y vio sus zapatos manchados. Utilizó un papel que encontró en el suelo para apenas enmendar el desaguisado. Desde los balcones, las voces de madres llamando a sus hijos se mezclaban con el chirrido agudo de las ruedas de algún vehículo de tracción humana en algún lugar cercano. De pronto, un barullo atrajo su mirada. Damián se hallaba en medio de la calle.

—¡Sal de ahí! —le gritó Tomás, alarmado. El niño le obedeció, pero un aullido desgarrador rompió la calma del momento.

Corrieron hacia el origen del gemido. Canela yacía en la calzada aullando de dolor. Tomás se arrodilló junto al animal y palpó su cuerpo. Detectó una fractura en la pata delantera. Recordó los días en el campo de batalla, donde había ayudado a sanar a soldados heridos. Sabía lo que debía hacer. Se apresuró a la farmacia para comprar vendas y esparadrapo. Por fortuna,

llevaba consigo un palo que había recogido del campo para jugar con Canela. Al llegar a casa, tendió al animal en el terrazo con delicadeza para entablillarle la pata. Los temblores de dolor de la pobre perra le encogían el alma mientras la trataba.

Para calmarla, utilizó un cuentagotas para administrarle un poco de aguardiente. Canela se resistió al principio, pero Tomás le sostuvo el hocico con firmeza hasta que logró que tragara. El animal se estremeció, sus músculos se tensaron, pero poco a poco el alcohol pareció surtir efecto. Damián se sentó a su lado, colocando la cabeza de Canela sobre sus piernas. Acariciaba con ternura su corto pelaje mientras le canturreaba una nana, como si así pudiera aliviar el sufrimiento de su compañera.

Esa noche, mientras Canela descansaba, Tomás observaba cómo Damián acariciaba al animal mientras le susurraba algo que él no alcanzaba a oír. Se apoyó en la pared, mirando de reojo el reloj. La idea de perderse el encuentro que había esperado tanto lo inquietaba, pero se obligó a contenerse. Al menos por ahora. Reflexionó sobre las palabras de Penélope: *Resistir siempre vale la pena.*

PENÉLOPE

Penélope caminaba por la calle, agotada. Había tomado el metro desde Diagonal, donde trabajaba, hasta Lesseps. Sus pasos la guiaban por la avenida de Vallcarca, envuelta en la penumbra de las primeras horas nocturnas. Una ráfaga de humo, cargada del aroma dulzón de la leña quemada, invadió sus fosas nasales. Vio que provenía de un puesto de castañas y decidió detenerse. Compró un cucurucho para Damián y otro para Tomás. Pensó que su hermano merecía un pequeño agradecimiento por ser tan bondadoso con ellos.

Las luces ambarinas de las farolas proyectaban haces dorados sobre el suelo húmedo, creando pequeños refugios de claridad en medio de la oscuridad. Penélope reprochó mentalmente a alguien imaginario la escasa potencia de aquellas bombillas. El tintineo de unas llaves la puso en alerta. Se lamentó de que, a esas horas, la única compañía en las calles fueran los serenos. Uno de ellos, al verla, le preguntó dónde vivía. Al escuchar su respuesta, el hombre le informó, como ella esperaba, de que aquella dirección se hallaba fuera de su zona. Penélope dedujo que no era habitual en ese barrio o tal vez era un principiante, pues no parecía reconocerla.

Al cruzar la vía, su mirada se detuvo en la Casa Comas de Argemir, cuya fachada de aspecto medieval se erguía majestuosa, aunque casi oculta entre las sombras. Por unos segundos, se permitió admirarla. Aquella construcción, tan parecida a un castillo, la transportó a los días en que soñaba con vivir en un lugar así junto a Siscu. Era como un cuento de hadas. *Qué ingenua era entonces*, pensó. Había tenido muchos pájaros en la cabeza, creyendo que aquel hombre adinerado podía ofrecerle la vida de ensueño que ella deseaba. No es que estuviera con él solo por eso motivo, pero estaba acostumbrada a ciertos lujos que, en aquel momento, se le antojaban imprescindibles. Ahora, sin embargo, lo único que realmente le importaba era estar con su hijo.

El camino se le hacía interminable. Las largas horas de trabajo pesaban sobre Penélope como una losa que resultaba una carga más grande cada día. Sus piernas parecían arrastrarse por la calle, agotadas por el esfuerzo de una rutina que no daba tregua. El cansancio no era solo físico; su mente estaba atrapada en un remolino de responsabilidades, siempre preguntándose si hacía lo suficiente o si daba a su hijo lo que necesitaba. Cada paso era un recordatorio de las exigencias del trabajo, de las tareas que nunca acababan, y de esa sensación constante de que el tiempo nunca era suficiente para nada ni para nadie.

Más adelante, al girar por su calle a la izquierda, una gran rampa se alzó ante Penélope, imponente como un desafío, flanqueada por parcelas desoladas y sin construir. Al llegar bajo las sombras del puente de Valcarca, avanzó con cautela; la oscuridad de la zona era densa y opresiva, envolviéndolo todo en un aire de inquietud. En un rincón oscuro, una figura humana la sobresaltó. Un grito, escapó de sus labios, resonando contra las frías paredes de piedra que amplificaron su eco.

Una mujer mayor yacía estirada sobre un lecho improvisado de cartones y mantas raídas. No pareció reaccionar al ruido, como si estuviera desconectada del mundo que la rodeaba. Su cabello largo y enmarañado cubría gran parte de su rostro, sumando un aire de misterio que intensificaba el desasosiego de Penélope. Por un instante, la anciana le pareció más una aparición que una persona real, una figura de otro tiempo o, incluso, de otro mundo. A su lado descansaba un sombrero viejo, de un estilo anticuado, que parecía un vestigio de una vida más digna. De repente, un pequeño animal —que Penélope, horrorizada, identificó como una rata— emergió de entre los ropajes de la indigente, haciéndola retroceder de forma instintiva.

La joven intentó continuar su camino sigilosamente, temiendo llamar su atención, pero un pensamiento la detuvo: ¿y si aquella mujer estaba muerta y nadie lo sabía? Luchó contra su instinto y decidió acercarse. Justo en ese momento, la anciana se apartó el cabello del rostro y le dedicó una sonrisa extraña. Algo llamó la atención de Penélope: un collar peculiar que colgaba de su cuello. Sin tiempo para procesarlo, vio de nuevo al pequeño animal emergiendo de sus ropas. Sobrecogida, aceleró el paso. Con las llaves ya en la mano, subió sin dilación la empinada calle hasta su casa. Mientras lo hacía, recordó que días atrás había dado unas monedas a Damián para que se las entregara como limosna a esa misma indigente. El recuerdo le brindó algo de tranquilidad.

Una vez en la puerta de la casa, se apresuró a introducir la llave en la cerradura para abrir lo más rápido posible. Al llegar, encontró a los tres en el sofá. Damián, concentrado, hacía los deberes sobre su regazo, mientras Tomás leía un western. Canela, la perra, estaba tumbada junto a ellos.

—¡Ya sabes que no me gusta ver a la perra en el sofá! —protestó Penélope, molesta—. ¡Lo deja todo lleno de pelos!

—¡Hola, madre! ¿Eh? —replicó el niño con fastidio—. ¡No ves que está herida!

—¿Herida? —exclamó, alarmada—. ¿Qué le ha pasado?

—La atropellaron con una bici —respondió Tomás sin levantar la vista del libro.

—¡Qué horror! Pobre animal —se lamentó mientras colgaba su abrigo tras la puerta. Se acercó a Canela y la acarició con cuidado. La perra la observó con recelo, como si temiera que le ordenara bajar del sofá en cualquier momento.

—No te preocupes, Canela —murmuró al fin—. Hoy te puedes quedar aquí. —Luego, volviendo a su hermano, preguntó—: ¿Te quedas a cenar, Tomás?

—Vosotros cenáis demasiado temprano —contestó con apremio inesperado—. Además, debo irme ya. Aún puedo aprovechar algo de lo que queda de mi tarde libre.

—¡Tomás! —gritó la hermana cuando él ya estaba por salir.

Él se detuvo con una mueca de incomodidad, temiendo alguna reprimenda.

—Gracias —dijo ella, dedicándole una sonrisa sincera.

—No hay de qué, hermanita —asintió arqueando las cejas—. Ya me la devolverás con una buena comilona otro día —contestó ufano. —Por cierto, este bicho ha hecho de las suyas y he tenido que limpiar el estropicio.

—¡Vaya! Es que no aprenderá nunca —dijo Penélope, llevándose una mano a la frente, abatida—. Con estos horarios no puedo ocuparme ni de ella ni de mi propio hijo.

—No te agobies, hermana. Aunque, no sé por qué tienes un perro si no puedes cuidar de él.

—Por Damián, Tomás. No sé... Tengo la sensación de que así esto parece más una familia.

—No te lías, Penélope. Esto ya es una familia, con perro o sin perro.

—Ya, pero, míralo lo feliz que es con su mascota.

Cuando la puerta se cerró, Penélope observó a su hijo, concentrado en sus tareas, y suspiró profundamente. Su mirada se llenó de ternura al recordar cuánto había cambiado su vida desde que él llegó al mundo. Nueve años habían pasado, y aún podía sentir el peso de la decisión que tomó entonces. Sus padres le habían ofrecido dos opciones contrapuestas: dar al niño en adopción para casarse con el hijo de un proveedor y así preservar su posición en el legado familiar, o quedarse con él y romper todo lazo con el linaje. La elección no fue sencilla, pero al final no pudo traicionar sus propios principios. Había visto en los ojos de sus padres que solo les importaban las apariencias, no ella ni el bienestar del niño. Ese desprecio encendió algo en su interior: una determinación que nunca antes había sentido. Por ese motivo huyó a Barcelona, enfrentándose a la soledad, el rechazo y una incertidumbre que a menudo la hacía cuestionarse si realmente había tomado la decisión correcta. Al principio, cada día era una batalla contra el miedo al fracaso, contra la ausencia de apoyo y contra la realidad de criar a un hijo sola en una ciudad que apenas conocía. Había noches en las que lloraba en silencio, agotada, abrazando a su bebé mientras se preguntaba cómo saldrían adelante. Sin embargo, había algo en su interior, una fuerza desconocida, que la impulsaba a seguir.

El golpe más duro llegó cuando descubrió que sus padres, en un acto de traición que nunca pudo perdonar, habían entregado a Damián en adopción sin su consentimiento. La desesperación de aquel momento la marcó para siempre. Movié cielo y tierra, enfrentándose a abogados, instituciones y prejuicios para recuperar a su hijo. Cada día de esa lucha fue una prueba de su resistencia. No dormía, apenas podía comer y vivía con el temor constante de que el tiempo jugara en su contra, pero su determinación era inquebrantable. Sabía que Damián era suyo, que nadie más podía reclamarlo, y no se detendría hasta tenerlo de vuelta en sus brazos.

Finalmente, después de meses que le parecieron años, logró recuperarlo. La victoria fue amarga, porque con ella llegó también la certeza de que había perdido a su familia para siempre. La relación con sus padres quedó completamente rota, y nunca más volvió a tener contacto con ellos. Sin embargo, aunque esa ruptura la dejó con una herida profunda, nunca se arrepintió de su decisión. Había elegido a Damián por encima de todo, y para Penélope, esa elección lo justificaba todo.

Él era su vida, su mayor logro, la razón por la que se levantaba cada mañana. Aunque su propia comodidad y sueños quedaron en un segundo plano, nunca lo sintió como un sacrificio. Miraba a su hijo y sabía que todo había valido la pena. Cada sonrisa suya, cada pequeño logro que alcanzaba, le recordaban que había tomado el camino correcto, incluso si este estaba lleno de dificultades. Penélope había perdido mucho, pero a cambio había ganado

lo más importante: la oportunidad de ser madre y construir, junto a Damián, una familia que, aunque imperfecta, estaba llena de amor.

CAPÍTULO 2 – LA DESAPARICIÓN

FRANCISCO

Unos haces de luz desvaídos se colaban por las rendijas de las contraventanas, proyectando un semblante fantasmal en la estancia. Las motas de polvo danzaban en el aire cálido y denso como si el tiempo hubiera suspendido su marcha, otorgando a cada partícula una eternidad efímera. Francisco observaba los últimos rayos del día con mirada absorta. Tras quitarse las gafas con un gesto mecánico, se restregó los ojos y encendió la lámpara de pie. La penumbra ya se había apoderado del despacho, ocultando la monotonía de las facturas apiladas en el escritorio de madera oscura. Los números borrosos frente a él le parecían ajenos, meros testigos de una vida que había perdido su rumbo. Reposaba sus brazos con desidia sobre un gran escritorio macizo.

Una retahíla de facturas esperaba a que les diera el visto bueno, pero los pensamientos se le escapaban a un lugar secreto detrás de sus ojos, vagando de recuerdo en recuerdo, algunos de ellos inventados. Como si pudiera ver los diferentes escenarios de lo que le podía haber deparado cada decisión tomada en el pasado. En ocasiones, se imaginaba modificándolo; en consecuencia, la vida había virado hacia un presente menos exigente. Se veía en un lugar donde nada importaba, ni el espacio ni el tiempo. Un sitio al que recurría mucho últimamente, donde no se sentía comprometido con nada, en el que podía hacer cualquier cosa que le viniera en gana sin dar explicaciones a nadie.

Se llevó la mano a la frente y decidió que aquella tediosa tarea podía esperar a un momento más propicio. Estaba cansado, y además no tenía claro si valía la pena dedicar tiempo a revisar el trabajo de su nueva secretaria. Quizá, si hubiera seguido el consejo de su mujer, ni siquiera la habría contratado. Aunque, para ser justos, dudaba mucho de que Dorotea tuviera algún conocimiento sobre selección de personal. Cuando mencionó que entrevistaría a una joven atractiva, Dorotea se apresuró a ofrecer su "experta opinión", como si el año que trabajó en una boutique de la calle Balmes le otorgara autoridad en el manejo de un concesionario de automóviles. Incluso tuvo el descaro de sugerir que la candidata sería más adecuada para ventas, ignorando lo evidente: los clientes difícilmente confiarían en que una mujer pudiera proporcionar explicaciones técnicas sobre el funcionamiento de un vehículo.

Francisco estaba convencido de que Dorotea había tenido un golpe de suerte al cruzarse en su camino. Recordó con nitidez aquel día en que entró en una tienda buscando un regalo para su madre. En aquel entonces, ella lo deslumbró con una combinación de temple y arrogancia que parecía emanar por cada poro. Su desparpajo lo intrigó de inmediato, una rara excepción en un mundo donde todos parecían ansiosos por adularlo. Acostumbrado a la complacencia fácil, aquella actitud desafiante lo sacó de su letargo habitual, despertando en él una curiosidad que no había sentido en mucho tiempo.

Aquella bravura arrolladora, que sin piedad desenmascaró su ignorancia sobre la diferencia entre una camisa elegante y otra de corte más holgado —como las que las mujeres solían usar durante el embarazo—, lo descolocó de una forma que no pudo ignorar. Fue como si aquel momento dejara una semilla latente en su cabeza, un enigma sin resolver que se negó a desaparecer. Con el tiempo, esa inquietud creció, transformándose en un anhelo por volver a sentir aquel choque electrificante de los sentidos. Así que, impulsado por esa necesidad, regresó a la tienda, esta vez con la excusa de buscar un regalo para una mujer especial, alguien a quien quería conquistar en el día de San Valentín.

El plan fue sencillo y directo: eligió la prenda que la dependienta había señalado como su favorita, pagó por ella y, en un movimiento inesperado, se la devolvió insinuando que ella misma era la destinataria. Dorotea, visiblemente desconcertada, intentó rechazar el obsequio, argumentando que no podía aceptarlo porque no tenía nada que ofrecerle a cambio. Francisco, con una sonrisa que mezclaba confianza y desafío, le propuso un trato: una cena en su compañía bastaría como retribución. Por primera vez, logró lo que parecía imposible: desvelar la oculta sonrisa de Dorotea, una sonrisa que, en ese momento, le pareció lo más cautivador que jamás había visto.

Pero ahora, mientras la recordaba con aquella mezcla de añoranza y amargura, Francisco no podía evitar preguntarse: ¿en qué momento aquella mujer encantadora, que parecía vivir para complacer y dar, se había transformado en la persona asfixiante y controladora que tenía por esposa? Este pensamiento, como tantos otros, lo golpeó con una tristeza profunda, una que llevaba adherida al alma desde hacía demasiados años, pero sabía que, en el fondo, Dorotea no había cambiado tanto. Seguía necesitando sentirse indispensable, que alguien valorara su entrega incondicional, aunque esa necesidad ahora lo agotara más de lo que lo conmovía. Y él, con su carácter reservado y su tendencia a refugiarse en sus pensamientos, era incapaz de ofrecerle el afecto que ella buscaba desesperadamente.

Quizá, en el fondo, buscaba en otras personas aquello que Dorotea había perdido con el tiempo, o que tal vez nunca tuvo del todo. Mujeres como su secretaria no cruzaban su camino todos los días, y eso lo hacía sentirse afortunado de tenerla cerca.

No buscaba su aprobación ni su afecto; no había en su mirada esa constante expectativa de reconocimiento que veía en Dorotea. Era como un soplo de aire fresco en medio del peso que sentía al estar cerca de su esposa. Había algo en su manera de moverse, en su mirada brillante, que le recordaba fugazmente a la Dorotea de aquella tienda, pero sin esa constante expectativa de reconocimiento que veía en su esposa. Era como un soplo de aire fresco en medio del peso que sentía al estar cerca de su mujer. Por eso no había dudado en brindarle la oportunidad de demostrar su valía, aunque todavía no hubiera probado del todo su capacidad para el puesto. Algo en ella irradiaba un magnetismo especial que no lo abrumaba, que le permitía mantenerse en su espacio sin sentirse invadido.

Estaba absorto en estos pensamientos cuando, de repente, un murmullo agudo e irritante irrumpió en la estancia, destrozando de golpe la frágil serenidad del momento.

—Necesito hablar contigo —anunció Dorotea, irrumpiendo en la habitación con su habitual aire de suficiencia.

—¡Dichosos los ojos que te ven! —murmuró Francisco, sin levantar la vista de los documentos a los que de repente prestó la atención debida.

—Si ni siquiera me estás mirando— replicó ella, cruzando los brazos con impaciencia.

—¡Para lo que hay que ver! —respondió él, dejando caer la pulla como una piedra en un estanque.

Dorotea resopló, y sus manos se aferraron al marco de la puerta como si pudiera hacer la obertura más grande. —¡La virgen! No sé qué vi en ti.

Francisco levantó finalmente la mirada, cargada de un desdén que sólo él sabía moldear. —¿Quieres que te lo recuerde?

—¡Tengamos la fiesta en paz! —espetó ella, ignorando el sarcasmo—. He invitado a los Márquez a cenar esta noche.

Él giró lentamente el cuerpo hacia ella, con sus ojos ahora entrecerrados. —¿Que has hecho qué...? ¿Quién te manda a ti programar cenas con mi mejor cliente?

—Llamó preguntando por ti. Como no estabas, pensé que sería una buena oportunidad para que os pongáis al día. Además, hace siglos que no invitamos a nadie.

—¿Y no se te ocurrió consultármelo antes? —replicó él, volviendo a hundirse en su silla con un gesto de exasperación.

—Si fuera por ti, nunca veríamos a nadie. De todos modos, no tienes que preocuparte, yo me encargaré de todo. Tú solo tendrás que sentarte a la mesa como siempre.

Francisco frunció el ceño. —Esposo mío... —comenzó Dorotea, suavizando el tono.

—¿Esposo mío...? Esto no trae nada bueno. ¿Qué quieres ahora?

—¿Tú crees que no soy capaz de sorprenderte? —preguntó, entrelazando los dedos como si preparara una artimaña.

—¿Cuánto dinero me va a costar tu "sorpresa"? —inquirió él, recuperando la atención en los documentos de su escritorio.

—Solo un vestido para esta noche. No tengo nada adecuado. ¿No te parece justo que luzca elegante frente a tus clientes?

Francisco se apoyó en el respaldo de la silla, observándola como si evaluara una mercancía en un escaparate. —¿Y qué pasó con los diez vestidos que compraste el mes pasado?

—¡Pero cariño! Esto es diferente. —Dorotea ladeó la cabeza, adoptando una mirada que mezclaba dulzura con desafío.

—Claro, diferente... como siempre. —Se sirvió un vaso de agua con un gesto de cansancio.

—¡No es justo que me trates así! —estalló Dorotea, dejando caer su máscara de diplomacia—. Todo lo que hago es por nosotros.

—¿Por nosotros? ¿Qué has hecho además de agotar mi paciencia y mi cuenta bancaria?

—¡Mira, ya no puedo más! No sé cómo hemos llegado a esto, pero está claro que no merezco un hombre como tú —vociferó, dando un paso hacia la puerta.

—Tal vez no, pero aquí estás —murmuró él, volviendo a centrarse en los papeles.

Dorotea se detuvo en el umbral, con sus palabras cargadas de veneno. —¡Qué descansada me quedará cuando te mueras!

Francisco alzó una ceja, divertido. —No estarás tan tranquila si descubres que no te he dejado nada en el testamento.

El portazo con el que ella abandonó la habitación hizo vibrar las paredes. Francisco, imperturbable, abrió el primer cajón del escritorio y sacó una revista. En la portada, mujeres jóvenes con miradas provocativas desafiaban la moralidad. Mientras pasaba las páginas, se permitió una sonrisa de alivio: al menos, aquella noche le esperaba algo más placentero que las recriminaciones de su esposa.

TOMÁS

El local estaba en penumbra, iluminado únicamente por el resplandor amarillo de una bombilla que colgaba del techo, proyectando sombras alargadas en las paredes desnudas. El ambiente olía a humedad y madera vieja, Tomás no pudo evitar fijarse en el leve aroma del arroz que aún impregnaba los sacos apilados en un rincón, evocándole recuerdos de cenas familiares llenas de risas y espontaneidad. Afuera, el frío de la tarde otoñal había hecho que las calles quedaran casi desiertas, salvo por alguna figura que apresuraba el paso para realizar las últimas compras antes de refugiarse en el calor del hogar. Un charco en la entrada reflejaba la débil luz del interior, distorsionando la realidad como un espejo roto.

A través de la puerta entreabierta, Tomás observaba el exterior con impaciencia, tamborileando los dedos contra la madera. La noche había caído prematuramente aquel día, obligándolos a encender las luces antes de lo habitual. Un manto gris de nubes, que había cubierto el cielo con rapidez, amenazaba con descargar una lluvia inminente. *¿Qué hacemos aún aquí?, pensaba, molesto?* Ya no quedaba género que vender, pero seguían atrapados en el lugar, como si la rutina fuese una jaula de la que nadie se atrevía a salir, sin embargo, el joven no dejaba de pensar que aquella escena era propicia para algún giro inesperado.

El pitido insistente de un coche rompió el silencio de la calle. Tomás supo al instante que era el señor Sanjuan, el dueño del establecimiento. Desde el furgón, el hombre llamaba a gritos a su hija Josefina. Ella, una mujer rubia de cuarenta años y carácter decidido, era la otra dependienta que, junto a Tomás, se encargaba de mantener en marcha aquella tienda. Era una de las tres que su padre regentaba en Barcelona. Aquella tarde, Sanjuan regresaba de Lérida, donde había asistido al funeral de una tía, trayendo unas cajas de naranjas que había adquirido de unos campesinos por el camino.

Josefina, consciente de las penurias de Tomás, le había permitido llevarse un poco de arroz. *Pero que no se entere mi padre*, le advirtió con firmeza. Sanjuan tenía la costumbre de escatimar a los clientes, descontando gramos o centilitros de los productos racionados. Lo que se ahorraba lo vendía al día siguiente en el estraperlo a precios exorbitantes, o lo destinaba al consumo de la familia. Josefina, que había desarrollado cierta simpatía por el joven empleado, lo veía cada vez más delgado. Fue esa mezcla de lástima y empatía lo que la llevó a permitirle llevar algo de comida.

Aprovechando que Sanjuan estaba afuera, Tomás se guardó el arroz en los bolsillos. No tardó en llegar el dueño, cargando la caja de frutas. Apenas entró, sus ojos detectaron algo sospechoso.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con desconfianza.

—¡Nada, señor Sanjuan! —respondió Tomás, nervioso, retrocediendo un paso.

En su prisa por alejarse del saco de arroz, tropezó con una caja de madera y cayó al suelo. El contenido de sus bolsillos se desparramó, dejando su mentira al descubierto. Sanjuan lanzó la caja de naranjas al suelo con furia, mientras una de ellas rodaba hasta detenerse junto al joven.

—¿Estás...?! —gritó el dueño, interrumpido por Josefina.

—¡No, padre! Fui yo quien le dijo que se lo llevara.

Sanjuan la miró con rabia contenida.

—¡Maldita sea! ¿Y tú qué haces aquí? ¿No te dije que vigilaras el furgón? Si me roban las cajas, te lo descontaré del sueldo.

—Pensé que ya no quedaba nada por cuidar.

—¿Entonces por qué crees que te lo pedí? Afuera hay demasiada gente desesperada.

—Lo siento, padre, pero por favor, no lo despidas. Hablemos cuando te calmes.

—¡Me cago en todo! ¡Sé muy bien lo que tengo que hacer! —rugió Sanjuan, mientras Josefina bajaba la mirada y Tomás intentaba recomponerse.

El silencio que siguió al arrebato de Sanjuan fue incómodo y denso, como el aire que cargaba con reproches no pronunciados. Tomás apenas murmuró una disculpa antes de agacharse para recoger los granos de arroz esparcidos por el suelo. Lo hizo con torpeza, sintiendo el calor de las miradas sobre su espalda. Cuando terminó, se despidió con una frase corta y salió del local, agradeciendo en silencio el aire frío de la noche que lo recibió afuera.

Esa noche, Tomás volvió a casa sintiéndose derrotado, cargando no solo con el peso de la humillación, sino también con el temor de perder el trabajo. Al día siguiente, sus peores sospechas se hicieron realidad: el señor Sanjuan decidió trasladarlo como castigo a otra de sus tiendas, situada en el barrio de Gracia. Aunque no lo despidió, el cambio lo sintió como un exilio, alejado del único sitio que conocía bien y de las personas con quienes había trabajado.

Ahora, tras una larga jornada en su nuevo puesto, Tomás estaba sentado en su coche destartelado, intentando recuperar la calma. Había aparcado cerca de un descampado oscuro, donde la soledad lo envolvía como un manto. Sacó un pequeño peine del bolsillo trasero de sus pantalones de pana y comenzó a alisar su cabello rubio, usando el espejo retrovisor como su único confidente. Sus ojos castaños reflejaban la mezcla de emociones que lo consumían: frustración por el castigo, cansancio por el trabajo y una extraña resignación. Aunque el cambio lo había disgustado, se consolaba pensando que, al menos, aún conservaba su empleo. Otra cuestión que lo animaba como a un niño frente a su pastel de cumpleaños, contando los segundos para soplar las velas, era el inminente encuentro con su nuevo amigo.

El sol raseaba en el horizonte. Tomás observaba cómo las asiduas sombras humanas, vagaban en busca de una pasión clandestina en la apartada explanada. Aunque ya no se sentía como aquellos hombres que vagaban temerosos y audaces al mismo tiempo, sabía que seguía siendo parte de ellos.

Cualquier gesto o detalle, podía provocar que se dejara llevar únicamente por el deseo, y se sumara a aquellas figuras perdidas, buscándose unas a otras, sin encontrarse nunca con su propia verdad. Convenciéndose de que no son personas reales, sino un sucedáneo de ellos mismos, al que le han dado rienda suelta sin reproches ni condiciones de ninguna clase. Cuando en realidad todo lo que son lo han reducido en aquel ser que vaga sin rumbo por las afueras de la ciudad y que simplemente busca una satisfacción frugal que calme su infelicidad por un breve momento.

Recordó la vez que descubrió aquel lugar. *Aquí no encontrarás nada de lo que has venido a buscar*, profirió alguien que le doblaba la edad y a quién ignoró con la mirada desde que había apercibido su cercanía. Tomás, inocente y temeroso, no respondió. Aquel desconocido escrutó su pueril y confundido rostro. Parecía esperar una respuesta que nunca obtendría. A pesar de que la mente de Tomás se inundaba con miles de dudas, estas quedaban sofocadas por la imperiosa cautela que lo mantenía en silencio. Entonces, aun cuando su boca no había proferido palabra alguna, el hombre no dudó en continuar su monólogo: *Tú has venido a buscar lo que todos: a alguien que te toque como nadie jamás lo ha hecho. Que te llene del amor que tú mismo no te puedes dar. Que te dé el placer suficiente para hacerte olvidar el sufrimiento con el que la vida te está castigando.*

A pesar de tus deseos, te irás más vacío de lo que llegaste, pero volverás, incapaz de resistir la promesa rota de no regresar para encontrar a alguien especial que en verdad sabes que no existe.

Con el tiempo, Tomás había logrado liberarse de la culpa que lo perseguía y se sentía complacido porque la vida le había demostrado lo equivocado que estaba aquel hombre que lo asustó con sus deprimentes palabras. Alguien le dijo que no había nada sucio en amar, sin importar el género. Tomás consiguió limpiar su mente de prejuicios y disfrutar de su sexualidad.

Aunque aún esperaba encontrar a alguien especial, sospechaba que ya lo había hallado. No era cuestión de fidelidad, pues sabía que su amante estaba casado. Sin embargo, decidió no flirtear con nadie más mientras aquello durase. Había aprendido a no hacerse ilusiones, pero no podía evitar la esperanza de que sus ilusiones se hiciesen realidad.

Aparcado bajo un árbol cuya penumbra robarían sus ramas a la ya escasa luz de la luna gibosa menguante, recordó lo que un cliente le había contado sobre la última luna llena; la luna del cazador. Le explicó que el mes de octubre era el preferido para cazar ciervos y zorros que ya no podían esconderse en los campos segados por el hombre y que esa fase del astro era especialmente brillante y longeva en el cielo, por lo que los cazadores tenían la oportunidad de acechar a sus presas de noche. La ironía lo hizo sonreír: comparar a los hombres que merodeaban por la noche con cazadores le pareció absurdo y revelador. Siempre le habían fascinado los astros; a menudo caminaba largas distancias para contemplarlos. Aunque aquel pensamiento se desvaneció al ver acercarse una figura inesperada.

Abrió la puerta, confiado. Cuando el desconocido intentó tocarlo, Tomás cerró los ojos, confuso entre el miedo y la excitación, pero al recordar a quien esperaba, recobró la compostura y lo apartó con firmeza. Después de unos segundos, apareció el hombre que realmente aguardaba.

—Deberíamos buscar otro sitio —le sugirió el recién llegado sin saludar siquiera—. Tomás asintió, pero no pudo evitar acercar su rostro para besarlo apasionadamente.

El otro no le correspondió en el mismo grado. En lugar de eso reclamó su réplica con la mirada. Tomás escrutó al moreno de ojos verdes que había conocido unas semanas atrás con recelo. Al percatarse de que no estaba en la misma tesitura que él, cesó en su propósito.

—Está bien, pero ahora estamos aquí —le contestó Tomás, aproximándose para besarlo de nuevo.

El otro se giró para comprobar que nadie los estuviera observando. Después de cerciorarse, le sujetó la cara con las dos manos y explotó en una pasión que nunca antes parecía haber vivido. Lo besó con una intensidad desesperada, como si su propia existencia dependiera de aquel contacto, mientras sus dedos ardientes recorrían cada centímetro de la piel de Tomás con una avidez casi febril. Su mirada desbordaba un torrente de deseos reprimidos durante años, anhelos largamente negados de poseer y explorar la esencia de otro cuerpo masculino.

Más tarde, el moreno se colocó la camiseta, ocultando por un momento la sonrisa bobalicona que le había quedado perpetua en el rostro, aunque Tomás podía verla, complacido, a través del reflejo en la ventana. De pronto, el semblante del otro pareció ensombrecerse.

—¿Qué quería ese tipo? —preguntó mientras se apartaba de él.

—Nada. Se había equivocado de persona —mintió Tomás, visiblemente incómodo.

El moreno, promovido por la singularidad del momento, le confesó sus miedos.

—Me gustaría que estuvieses solo conmigo. Es la primera vez que hago algo así y... me gustas —confesó clavando sus ojos verdes en los de Tomás.

—¡Pero, eso no es justo! ¡Tú estás casado! —protestó el rubio mientras se limpiaba el abdomen con un pañuelo de tela.

—Eso es cierto, pero quiero que confíes en mí cuando te digo que no nos une nada más que el matrimonio. Ya no soy capaz de tocarla. —El moreno sollozó con aflicción—. Esta tarde se me ha insinuado y la he ignorado. ¡No sé qué voy a hacer!

—¡Déjala! Vayámonos a otro lugar a comenzar una nueva vida juntos —resolvió el rubio.

Al otro le brillaron los ojos de satisfacción. Agarró la mano de Tomás, la apretó con fuerza.

—En un mundo ideal eso sería posible, pero no lo es. Ya sabes lo que ocurriría si descubren lo nuestro. Eso solo sale bien en las películas.

—¿Y qué? ¿No valdría la pena intentarlo? —dijo Tomás a la vez que se subía los pantalones.

—¡No puedo, Tomás! ¡Yo no soy como tú! ¡No puedo con esto! —el casado abrió la puerta, se marchó sin despedirse.

Tomás observó cómo su amigo se alejaba, su figura desvaneciéndose lentamente en la penumbra de la noche. Sentía un torbellino de emociones agitándose en su interior: rechazo, tristeza, esperanza, y un anhelo inexplicable que no se apagaba del todo. *Quizá no sea un adiós definitivo*, pensó, aferrándose a una posibilidad remota. Había algo en la manera en que su amigo lo miró antes de irse, una chispa que prometía que aquello no sería el final, aunque tampoco podía asegurar un comienzo.

Recordó cada instante compartido, las conversaciones a media voz, los momentos de cercanía que parecían suspender el tiempo. *Tal vez nos volvamos a encontrar en algún momento, aunque sea para seguir fingiendo que no sabemos lo que queremos*, reflexionó con una mezcla de resignación y deseo. No había certezas, pero tampoco las necesitaba ahora. Solo bastaba con la idea de que, en otro lugar y en otro tiempo, sus caminos podían cruzarse de nuevo, aunque fuera brevemente.

Mientras el eco de los pasos de su amigo desaparecía en la distancia, Tomás no pudo evitar esbozar una leve sonrisa, tan tenue como la luz de la luna menguante sobre el descampado. *Quizá sea mejor así*, se dijo, aunque su corazón dudaba de sus propias palabras. Dejó que la brisa nocturna enfriara sus pensamientos y volvió a recostarse contra la puerta del coche.

Allí, en el silencio de la noche, decidió que no cerraría las puertas. Después de todo, algunos encuentros no están hechos para durar, pero dejan la promesa de un reencuentro, tan incierto como irresistible.

PENÉLOPE

Penélope conducía su Vespa 98, una novedad en las calles de Barcelona, y una herramienta que había conseguido gracias a la política modernizadora de su empresa. La aseguradora en la que ejercía su trabajo buscaba diferenciarse ofreciendo un servicio más rápido y eficiente, incluso desafiando las convenciones de la época. Aunque no era común ver a una mujer sobre una motocicleta, mucho menos en un rol profesional, en su reducido entorno, Penélope era conocida por su determinación y por abrirse paso en un mundo dominado por hombres. En la Barcelona de 1946, marcada por las cicatrices de la posguerra y el rígido control social, su figura al volante de la motocicleta no pasaba desapercibida. Era una

estampa de modernidad que hacía girar cabezas, algunas con asombro y otras con desaprobación.

Aquel día, su destino era una pastelería familiar que tenía contratado un seguro de empresas con su compañía. El negocio había prosperado durante décadas, utilizando herramientas que ahora formaban parte de su identidad, como una máquina registradora *National* y una báscula *Berkel*, símbolos de la época dorada del comercio de barrio. Sin embargo, la posguerra había dejado al establecimiento en un estado de lento declive, donde la lucha por sobrevivir marcaba cada jornada. Los dueños afirmaban que aquellos objetos, adquiridos antes de la Guerra Civil, representaban el esfuerzo de generaciones. Su pérdida, declarada como resultado de un robo, no solo tenía implicaciones económicas, sino también un peso emocional que intentaban convertir en un reclamo ante la aseguradora.

Mientras maniobraba con habilidad por las estrechas calles del barrio, Penélope mantenía firme entre sus tobillos una carpeta colocada sobre el reducido espacio de la Vespa. Dentro, llevaba el inventario de lo que los dueños habían declarado como robado el día anterior. Además de la registradora y la báscula, se incluía una cantidad de dinero que, en su experiencia, parecía exagerada para un comercio modesto. Aunque los objetos robados parecían antiguos y pesados, sabía que muchas veces los asegurados intentaban inflar las reclamaciones añadiendo artículos de poco valor o difícil transporte, esperando que la compañía aceptara el pago sin investigar demasiado.

Penélope no podía evitar reflexionar sobre la situación. Las máquinas declaradas robadas, aunque eran reliquias en apariencia, aún tenían utilidad y simbolizaban una época en que el negocio prosperaba. Había visto aquella báscula *Berkel*, de precisión innegable, con marcas de uso que delataban décadas de trabajo en el mismo mostrador. Por otro lado, la máquina registradora *National*, un armatoste de más de cuarenta kilos, destacaba por su robustez. Aunque Penélope no podía ignorar una pregunta que le rondaba la mente: *¿qué clase de ladrones robarían algo tan pesado y voluminoso si ya tenían las supuestas doscientas pesetas de la caja registradora?* Algo no cuadraba, y su instinto le decía que debía investigar más a fondo.

Frente a la pastelería, estacionó la motocicleta con un movimiento ágil y esperó a que los tenderos abrieran. La carpeta descansaba en sus manos mientras repasaba mentalmente la información del caso.

Dentro del local, la joven solicitó los libros de contabilidad y comenzó a transcribir los datos del último mes en una cuartilla. Compararía estos números con los presentados en la denuncia. Sabía que el creciente número de fraudes estaba asfixiando a la compañía. La pobreza en la ciudad, cada vez más palpable, no solo incrementaba los intentos de estafa, sino que también reducía la base de clientes, llevando a las aseguradoras a un límite peligroso.

De regreso a la oficina, Penélope reflexionó sobre los retos que enfrentaba en su entorno laboral. Aunque sabía que su figura, conduciendo la motocicleta, rompía moldes, también comprendía que esta modernidad visible era solo la punta del iceberg de un camino lleno de resistencias. Su objetivo no era solo resolver el caso, sino demostrar que ella, como mujer, podía ser tan capaz y profesional como cualquiera de sus compañeros. De pronto, la rutina se vio interrumpida por la entrada abrupta de Arturo, quien irrumpió en el despacho con una sonrisa que Penélope siempre consideraba irritante. Sin esperar invitación, inició el diálogo con un aire de falsa camaradería.

—¿Qué tienes entre manos? —preguntó con frialdad.

—El caso de la pastelería Can Rovira —respondió ella, algo insegura.

—¿Cómo lo llevas? —inquirió mientras arqueaba las cejas con arrogancia.

—Bien. Estoy redactando el informe financiero. Queda claro que no han podido obtener tantos beneficios en un día como declaran en la denuncia —desveló la joven con firmeza, aunque cuidando su tono.

—Está bien. ¡Dame todos los documentos! Ya me encargo yo. Tú te dedicarás al siniestro del incendio de la carpintería Hermanos Llosas —ordenó Arturo, mientras se tocaba la barbilla con aire ausente, mirando al techo como si el cambio fuera algo trivial.

—¿Qué...? Si el trabajo ya está finalizado. Solo queda entregárselo al señor Ferreras para su aprobación —protestó Penélope, incapaz de ocultar su sorpresa. Su tono, aunque respetuoso, denotaba una leve irritación.

—¡Déjame! Ahora procederemos a brindarles la oportunidad de que se retracten antes de llevarlos a juicio —comentó Arturo, haciendo un gesto de impaciencia con la mano.

—Ya lo he hecho yo. Insisten en que les robaron esa cantidad. No obstante, no tenemos las de ganar. No es suficiente para demostrarlo ante un juzgado —argumentó Penélope con una mezcla de frustración y seguridad.

—Es decir, que no tenemos nada —recriminó Arturo, cruzando los brazos y ladeando la cabeza con un gesto crítico.

—Yo no diría tanto. Debemos esperar unos días —replicó Penélope, dejando entrever que tenía un plan, aunque sin revelar demasiado.

—No entiendo —admitió Arturo, levantando una ceja.

Penélope, con un suspiro y una mirada que mezclaba cansancio y determinación, comenzó a explicarle lo que tenía pensado.

Pasados unos días, Penélope volvió a la pastelería, esta vez con el señor Ferreras y su compañero Arturo. Aunque ella llevaba la iniciativa, sabía que este encuentro era una prueba para demostrar su valía. Durante el trayecto, repasaba mentalmente cada detalle del plan. Había insistido en que la acompañaran para mostrarles algo que, según ella, sería la clave del caso.

El señor Ferreras, con su habitual tono envarado, no ocultó su escepticismo al entrar en la tienda.

—Está bien, señora Maspons. ¿Qué es eso que quiere enseñarnos? —preguntó mientras observaba el modesto local.

Penélope no respondió de inmediato. En lugar de ello, se dirigió directamente a los tenderos.

—¿Han repuesto ya todas las máquinas robadas?

Los comerciantes asintieron, asegurando que habían comprado reemplazos. Penélope sonrió con calma y se inclinó sobre la caja registradora.

—¿Seguro que esta no es la misma máquina que aseguramos antes del robo? —preguntó sin levantar la voz—. Una tan antigua es difícil de encontrar.

—Por supuesto —respondió el tendero—. Es recién comprada, de segunda mano.

Penélope se inclinó sobre la caja registradora y pasó los dedos por el lateral. Allí, casi imperceptible, estaba el hilo rojo con su sello de cera. Con un alfiler, rascó la zona. Un pequeño fragmento de cera se desprendió.

Ferreras frunció el ceño. Intrigado, inspeccionó la otra máquina. La báscula presentaba el mismo detalle en una parte de su estructura. Arturo, que hasta entonces había permanecido en silencio, expresó su rechazo con una carcajada interrumpida.

—¿Qué es eso?

—Una prueba de que esta máquina nunca fue movida —respondió Penélope con satisfacción—.

Se enderezó y sacó su libreta.

—Antes del supuesto robo, coloqué un hilo rojo en la base de esta máquina y lo sellé con cera transparente. Si realmente la hubieran reemplazado por una nueva, el hilo y la cera no estarían aquí. Ferreras se inclinó y observó el fino hilo rojo que aún seguía en su sitio. Penélope cruzó los brazos y continuó:

—Pero hay más. Como esta caja registradora y la báscula que aseguramos no hay muchas iguales en el mercado.

Sacó su libreta y pasó las páginas hasta encontrar la que buscaba.

—Lea en voz alta lo que pone en esa hoja —dijo, señalando una anotación.

Ferreras leyó:

—Caja registradora: abolladura en la esquina inferior derecha, mancha de óxido cerca del cajón. Báscula Berkel: rayadura profunda en la parte trasera.

Penélope sonrió y se giró hacia la caja registradora. Señaló una pequeña abolladura en la esquina y una mancha de óxido en el metal. Luego, se acercó a la báscula y pasó el dedo por una rayadura profunda en la parte trasera. Eran exactamente las mismas marcas que había anotado antes del supuesto robo. Los tenderos palidecieron. Ferreras los miró con dureza.

—Entonces... ¿cómo explican esto?

Los hombres intentaron balbucear alguna excusa, pero la evidencia era abrumadora. Las máquinas no habían sido robadas, como ellos afirmaban, sino escondidas para fingir el hurto y reclamar una compensación económica. Confrontados con los hechos, confesaron que solo les habían sustraído cincuenta pesetas, no las doscientas que habían denunciado.

Ferreras, satisfecho, pero también sorprendido, cerró el trato con una advertencia:

—Les daremos treinta pesetas y no denunciaremos el intento de fraude. A cambio, seguirán pagando su cuota mensual, pero con un incremento del veinte por ciento.

De vuelta a la oficina, Penélope aún sentía la adrenalina del caso resuelto. Sabía que lo que había hecho era brillante, pero más que la satisfacción del triunfo, lo que realmente la animaba era la idea de haber dejado claro su potencial. Sin embargo, al llegar, Ferreras, desde el asiento delantero del coche, la miró por el retrovisor con una expresión seria.

—No me gustan las personas que se atribuyen logros ajenos, señora Maspons —dijo de repente, cortando el silencio.

Penélope frunció el ceño, desconcertada.

—Señor Ferreras, no entiendo...

El jefe giró el rostro hacia ella, con gesto severo.

—Arturo me ha contado que la idea del hilo rojo fue de él y que usted quería atribuirse el mérito.

Penélope sintió cómo la respiración se le atascaba en la garganta.

—¿Arturo le dijo eso? ¡No es cierto! La idea fue mía, y puedo probarlo.

Ferreras resopló, como si la mera sugerencia de que ella tuviera razón le resultara absurda.

—No necesito que me lo pruebe. Ya hablé con Arturo, y no tengo motivos para dudar de él. La rabia le subió por el pecho, pero se obligó a mantener la voz firme y controlada.

—Señor Ferreras, usted estuvo allí. Vio cómo resolví el caso.

—Y también vi a Arturo respaldándolo. ¿Sabe qué significa eso? Que si mañana me preguntan, el mérito será suyo. —Ferreras hizo una pausa, observándola como si hablara con una niña que no entiende su lugar en el mundo—. Y eso, señora Maspons, es como debe ser.

Penélope sintió cómo su estómago se encogía.

—Cada uno está donde debe, Maspons. Y usted debería aprender que la honestidad no es negociable.

Se bajó del coche y este se alejó sin darle oportunidad de responder. La conversación había terminado. Penélope se quedó quieta, con los puños cerrados y la mandíbula tensa. Sabía que, en esa oficina, nunca importaría lo buena que fuera. La verdad no tenía valor. No si salía de los labios de una mujer.



Las sombras de algunos edificios caían sobre los de la acera opuesta, como gigantes lanzas en pie de guerra, esperando una señal para comenzar la batalla. Algunos rayos de sol se reflejaban en los cristales de las ventanas, irisando fugazmente una pared herrumbrosa y sucia, que parecía cobrar una efímera belleza. Decenas de tendederos de ropa asomaban vacíos desde los balcones. Los toldos de las tiendas, recogidos y a salvo de la humedad, anunciaban el final del día. Las farolas, aún de gas en muchas calles del barrio, comenzaban a iluminar tenuemente las fachadas desnudas y sin vida, proyectando círculos deformes que acentuaban la decadencia.

Penélope miraba hacia atrás, observando cómo Damián la seguía lentamente, tirando con sumo cuidado de la correa que sujetaba a Canela. Los rizos negros del niño se mecían al compás de los pasos forzados de la perra herida. Apenas habían pasado unos días desde que un joven ciclista atropelló al animal mientras bajaba deprisa por una calle empedrada. Canela parecía resignada a caminar con su pata entablillada, tras el improvisado tratamiento que le aplicó Tomás con sus escasos conocimientos de primeros auxilios. El accidente había sido fortuito, pero Damián confesó a su madre sentirse culpable por no haber prestado la atención suficiente. Ella lo tranquilizó, asegurándole que esas cosas ocurrían y, a veces, eran inevitables.

Dirigió la atención hacia la única tienda con el toldo desenrollado, algo raro a esas horas. Aunque a simple vista parecía cerrada, aquella señal indicaba a los vecinos que estaba abierta. Frente a la persiana bajada, varias personas hacían cola, vigilando con inquietud ambos extremos de la calle. No era habitual encontrar clientes a esas horas, pero algunos recurrían al estraperlo para conseguir productos que el racionamiento no cubría. Penélope,

afortunadamente, contaba con su hermano, que trabajaba en un colmado y le conseguía lo necesario, pero aquella noche no tenía nada para cenar. La escasez, agravada por la sequía que azotaba el campo, hacía que muchos alimentos básicos desaparecieran del mercado oficial.

Quería acabar cuanto antes; no deseaba quedarse a tientas bajo la penumbra de las calles escasamente iluminadas. El manto mortecino que había cubierto sus tardes ese mes de septiembre le resultaba inquietante. El cambio horario, previsto para el día siguiente, haría que las noches llegaran aún más temprano. Detestaba los ajustes de reloj; trastocaban su rutina y añadían un peso innecesario a su día a día.

Cuando alguien salió de la portería junto al local, otra persona entró rápidamente. Todos vigilaban hacia ambos lados, dispuestos a dispersarse si un coche de la Policía aparecía. Penélope metió la mano en su bolsillo y rozó el billete que iba a usar para la compra. Esperaba encontrar algo fresco, aunque sabía que era complicado a esas horas. Mientras esperaba, calculaba mentalmente cómo estirar aquel dinero hasta fin de mes. Aunque trabajaba duro, la paga apenas le permitía cubrir las necesidades de ella y de su hijo.

Cuando llegó su turno, Penélope subió las escaleras de la tienda con reticencia, dejando abajo a Damián, que insistió en quedarse con Canela. El niño solía acompañarla, aprovechando para pedir algún capricho. Penélope siempre se lo otorgaba; sus excelentes notas lo merecían. Sin embargo, no podía evitar inquietarse al dejarlo solo, especialmente tras escuchar rumores sobre desapariciones. Aunque sabía que muchas de esas historias eran exageraciones, la incertidumbre siempre se apoderaba de ella.

La dependienta, la misma que atendía durante las horas oficiales, reservaba ciertos productos para el estraperlo. Mientras Penélope hacía su pedido, se asomaba por la ventana para vigilar a Damián y Canela. Al recoger la compra, observó al bebé de la tendera con ternura. Vestía con un enorme pelele blanco y un gorro con pompón. Una pequeña mano se asomaba tímidamente desde las profundidades de su ropa, igual que si buscara explorar el mundo fuera de su suave prisión de tela. Sin embargo, arañaba su delicado rostro como si de este modo quisiera descifrar el significado de la vida que le esperaba. Penélope, con cuidado, le colocó el guante que se le había caído, mientras la tendera regresaba con el cambio.

DAMIÁN

Damián vigilaba a Canela con atención, observando cómo la perrita, a pesar de sus heridas, se esforzaba por trotar al ritmo que le permitía su pata entablillada. La correa, una improvisación hecha con una vieja cuerda de tender ropa, era un recordatorio constante del accidente. Aunque no era común ver a un perro atado en las calles del barrio, Penélope había insistido en que, tras el atropello, Canela debía estar controlada. Damián, que adoraba a la perrita, aceptó sin protestar, tratando de protegerla a toda costa.

Cerca de allí, un grupo de niños jugaba a las canicas, arrodillados en el suelo polvoriento. Al verlo pasar, lo llamaron, invitándolo a unirse. Aunque la última vez que había jugado con ellos los dejó en evidencia con su habilidad, lo aceptaron de buen grado. Damián no pudo resistirse. Sin embargo, cada vez que intentaba lanzar su canica, sentía los tirones bruscos de la cuerda, pues la perra parecía empeñada en olfatear cada rincón cercano. Los movimientos impredecibles de la mascota lo frustraron rápidamente.

Con un suspiro de exasperación, Damián soltó la cuerda por completo, pensando que la perra se quedaría cerca. Se convenció de que no iría lejos con la pata en esas condiciones y decidió enfocarse en el juego. Sin embargo, cuando llegó su turno nuevamente, y por fin

lanzó su canica con precisión, el instante de victoria fue opacado por un vacío repentino: Canela ya no estaba. Miró a su alrededor, seguro de encontrarla husmeando en algún árbol o rueda de un coche cercano, pero no había rastro de ella. Su corazón dio un vuelco. Había soltado la correa, confiado, y ahora su amiga había desaparecido.

PENÉLOPE

Penélope, mientras tanto, mantenía una conversación con doña Ignacia, quien, como siempre, aprovechaba cualquier ocasión para desahogarse. La tendera hablaba con una energía casi inagotable, saltando de un tema a otro sin esperar respuesta, como si las palabras fueran un torrente imposible de contener. Penélope asentía de vez en cuando, más por educación que por interés, mientras sentía cómo su paciencia se agotaba lentamente. Sabía que, una vez que aquella mujer empezaba a hablar, era difícil detenerla. Suspiró con discreción, intentando cortar el parloteo sin ser grosera.

Mientras las frases de doña Ignacia seguían llenando el aire, Penélope comenzó a inquietarse. Giró la cabeza hacia la puerta, buscando con la mirada alguna señal de Damián. El niño llevaba ya un buen rato fuera, y el silencio en la calle parecía más pesado de lo habitual. El pensamiento de que algo podía haber pasado con Canela o con él cruzó fugazmente por su mente. Apretó las manos sobre el bolso, como si el gesto pudiera calmar la creciente sensación de ansiedad. No era la primera vez que dejaba al niño esperando, pero aquella tarde parecía diferente. Quizás era el cansancio acumulado o las habladurías que rondaban el barrio, pero el malestar no la abandonaba.

Doña Ignacia seguía hablando, ajena a la creciente inquietud de Penélope, quien volvía a mirar la puerta cada pocos segundos, como si esperara que el niño y la perra aparecieran en cualquier momento. Aunque intentaba convencerse de que todo estaba bien, la inquietud comenzaba a formar un nudo en su pecho.

DAMIÁN

Damián miró a su alrededor con rapidez, pero la perra ya no estaba a la vista. Un vecino, que había estado observando desde un portal, le indicó con un gesto vago que había visto a una perra marrón con la punta de la cola blanca corriendo hacia las afueras. Sin pensarlo dos veces, comenzó a seguir las indicaciones. A medida que avanzaba, las calles se volvían cada vez más solitarias, y la penumbra de la tarde empezaba a envolverlo como un manto inquietante. El sonido de sus pasos resonaba con fuerza sobre el pavimento, un rumor que parecía acentuar la ausencia de cualquier otra vida a su alrededor.

Finalmente, al llegar a una calle más amplia, escuchó los ladridos de Canela, débiles pero inconfundibles, al final de un callejón. La mezcla de alivio y desaliento lo hizo dudar por un instante, pero apretó los dientes y continuó su búsqueda. Las luces de la ciudad se desdibujaban tras él, reemplazadas por la oscuridad que crecía con cada paso. Aunque sus piernas comenzaban a dolerle y el frío de la tarde le mordía la piel, no podía detenerse. Canela lo necesitaba, y eso era lo único importante.

PENÉLOPE

Penélope, al enterarse de que su hijo había salido corriendo, un hilo de impotencia le tiró del pecho como un lastre que no la dejaba respirar con normalidad. Gritó su nombre con desesperación, pero solo obtuvo el eco de su propia voz. Corrió sin rumbo fijo, mientras el temor crecía en su interior, alimentado por las sombras de la noche. Se echó el mantón a los hombros y golpeó con consternación la tierra prensada de la calzada, agujereando el suelo con los gruesos tacones mientras se dirigía al encuentro de su hijo. No obstante, desconocía completamente los esfuerzos que le llevaría hacerlo. Comenzó a maldecir al muchacho en las dos lenguas conocidas por ella. El naranja encendido de las nubes, cuyos colores transmutaban hacia el bermellón disipado, enardecía su mirada inquieta.

DAMIÁN

El niño de cabello ensortijado corría con la urgencia de quien persigue algo invaluable. Mientras avanzaba, de reojo, creyó reconocer un rostro familiar. La figura, apenas perceptible entre las sombras alargadas de la tarde, se desvanecía en dirección a una explanada cercana. No le prestó atención en ese momento; su mente estaba completamente ocupada en encontrar a Canela. Sin embargo, más tarde, atrapado en un destino que lo dejaría a merced de sus pensamientos, descubriría que aquel rostro pertenecía a su profesor Sebastián. La ciudad quedaba atrás, extinguiéndose a medida que sus pasos lo alejaban.

De repente, algo captó su atención: una inquieta cola marrón con la punta blanca sobresalía entre los matorrales. Era Canela. El niño sintió una chispa de consuelo, pero esta fue efímera. La perra se movía con rapidez, desapareciendo entre las sombras del bosque que se alzaba frente a él. Damián la llamó con insistencia, alzando la voz por encima del murmullo de las hojas movidas por la brisa, pero Canela seguía corriendo, ignorando sus gritos. En un instante, la perra se disipó por completo entre las tinieblas, como si la espesura del bosque la hubiera engullido.

Damián, jadeante, observó a su alrededor. A un lado, una fuente de piedra se alzaba solitaria, flanqueada por dos bancos del mismo material que parecían abandonados al tiempo. El aire estaba impregnado del relente de la humedad que caía con la llegada de la noche, pero su frente perlada de sudor lo impulsó a acercarse al caño. El agua cristalina fluía tentadora, y el muchacho, incapaz de resistirse, inclinó la cabeza para beber, sintiendo el frescor revitalizar su cuerpo mientras la inquietud seguía rondando su mente.

De pronto, la necesidad de encontrar a Canela despertó en él con una fuerza renovada. Damián se adentró en el bosque, donde la penumbra parecía ser la única que lo habitaba. El panorama, cubierto por sombras confusas, se volvía borroso; forzaba la vista para distinguir algo entre los matorrales y los troncos que se alzaban como guardianes inmóviles. El crujido de unas pisadas, lejanas pero insistentes, lo guio más adentro, alimentando la ilusión de estar cerca. La noche había alcanzado al día, y la penumbra lo rodeaba como una envoltura opresiva.

Sus manos tanteaban el terreno, palpando troncos húmedos y ramas pegajosas que se adherían a su piel como indicaciones de su avance. De vez en cuando, alguna zarza le punzaba las palmas, arrancándole pequeñas exclamaciones de dolor que se perdían en el vacío. Su respiración entrecortada resonaba con fuerza en sus oídos, ahogando cualquier otro sonido que pudiera indicarle la dirección de la mascota. Sin embargo, seguía llamándola con

insistencia, con su voz quebrada por el cansancio, aferrándose al propósito de hacerla volver a su lado.

En su mente, una certeza luchaba por imponerse al miedo: si Canela regresaba, le mostraría el camino de vuelta a casa. Ese era su consuelo, el único que tenía. De lo contrario, sentía que él mismo no podría encontrar la salida. A pesar del frío y del creciente agotamiento, se obligaba a seguir avanzando, convencido de que estaba cerca, de que la encontraría pronto. La idea de verla aparecer entre las sombras lo impulsaba a dar un paso más, a ignorar la fatiga y el desconcierto que lo rodeaban.

PENÉLOPE

Los minutos se escurrían, arrancando los tonos rosados del cielo y tiñéndolos de un gris opaco y asfixiante. Penélope deambulaba como un animal herido, presa de una desesperanza que la devoraba por dentro. La incertidumbre de no saber si algo le había sucedido a su hijo se enroscaba en su interior como una serpiente, apretando con fuerza cada pensamiento y robándole el aire. Gritaba su nombre con una furia que se deshacía en quiebros, debilitándose poco a poco, hasta que su voz se rompió en sollozos ahogados. El llanto desbordaba sus ojos, y los mechones sueltos de su trenza, pegados a su piel húmeda, acentuaban la desolación en su rostro.

A lo lejos, distinguió una fuente desolada, rodeada de un silencio que parecía burlarse de los recuerdos recientes de risas y chapoteos. Aquella imagen la hirió aún más. Intentaba aplicar la lógica fría y meticulosa que había perfeccionado en años de investigaciones en la empresa de seguros, pero la consternación le nublaba la mente. Se maldecía por no ser capaz de encontrar una pista, cualquier rastro que la guiara, pero su esfuerzo chocaba una y otra vez contra un muro de angustia paralizante, y cada paso la hundía más en el abismo del desánimo. Su cuerpo avanzaba, pero su espíritu ya se estaba quebrando.

DAMIÁN

De repente, una piedra invisible hizo que el niño tropezara y cayera de bruces contra el suelo. Al levantar la mirada, su campo de visión fue invadido por unas piernas gigantescas que se alzaban imponentes frente a él. Desde arriba descendió una mano extendida, un gesto de auxilio que parecía invitarlo al resguardo. Damián, al principio, sintió una punzada de decepción al comprobar que no era la mano de su madre. Aun así, cedió, aceptando la ayuda de aquella desconocida que, en ese momento, representaba su única esperanza de volver con ella.

En ese instante, vio la correa de Canela en el suelo. Damián se giró de inmediato, instintivamente alargando el brazo para alcanzarla, pero el agarre firme de aquella mujer lo arrastraba en dirección opuesta. El pulso se aceleró, su pequeño cuerpo se tensó como un arco a punto de soltar la flecha. Gritó, desgañitándose, como si el sonido pudiera revertir el tiempo o invocar una solución. Aquella correa, insignificante para cualquiera, era para él el último hilo que lo conectaba con el mundo seguro que hasta ese momento había conocido. Pataleó con furia, clavando las manos en el suelo en un intento desesperado por resistir. El suelo era áspero, frío, indiferente a su dolor. La rabia le nubló los ojos y, poco después, el dolor de la angustia los llenó de lágrimas. Su grito resonó en el vacío, un eco distante que parecía burlarse de su desamparo. En medio de la desesperación, su corazón latió con fuerza

al imaginar una respuesta: el sonido tan ansiado, tan necesario, de la voz de su madre llamándolo, pero solo el silencio respondió, cruel y profundo.